

Me aplicaron la anestesia. Lo último que recuerdo es estar junto al doctor hablando sobre mi colegio. Llegó el momento en que sentí literalmente, que volvía a la vida. Lo primero que pensé era que estaba despertando en medio de la cirugía y que uno de mis más grandes miedos se había vuelto realidad. Pero no fue así. Ya habían terminado el procedimiento y me llevaban a la sala de recuperación. En este lugar dormí por un largo rato y me despertó Mateo, que en ese entonces era mi novio, con un ramo de rosas en sus manos y con una sonrisa de oreja a oreja, por verme.

Después de Mateo, entraron mis papás. Ellos ya habían entrado cuando no había despertado. Permanecí otras dos horas en recuperación, hasta que por fin me dieron de alta y pude ir a mi casa a descansar.

La recuperación fue lo más duro de todo. Después de dos meses pude retomar mi deporte y mi vida normal para nunca más, hasta el momento, volver a entrar en un quirófano, donde por más simple que sea el procedimiento, se enfrenta uno con los pensamientos de la vida y la muerte.

La sangre es alarmante

María Camila Guevara S.

Tenía solo cinco años de edad y recuerdo ese día como si hubiera sido ayer. Estaba en la casa de mi abuela como todos los domingos. Era mi día preferido de la semana porque

representaba diversión, risas y gritos por toda la casa mientras corría con todos mis primos. Además, había comida rica y los mimos que solo una abuela puede dar.

Tengo seis primos y somos, casi todos, contemporáneos. Por lo que nos divertíamos mucho aunque también, peleábamos. Nos gustaba jugar al escondite, al bobito, hacer casitas de muebles y sábanas, entre otros juegos. Uno de nuestros favoritos era hacer una carrera del que se subiera más rápido al volco de la camioneta de estacas de uno de mis tíos. Creo que como era prohibido, haciendo honor a ciertas características ilógicas de la conducta humana, nos gustaba más.

Ese día fue uno de los pocos en los que nos daban permiso de jugar en la camioneta después de tanto rogar. Yo estaba con uno de mis primos menores, Alejandro, que para la época no podía subirse al carro porque su estatura se lo impedía. Por lo tanto, tenía que esperar a que alguien lo subiera para poder jugar con nosotros.

Recuerdo que era más o menos las dos de la tarde, esa hora boba post almuerzo en que mi familia normalmente hace siesta un domingo, arrullados por el silencio de las calles. Mientras tanto, nosotros como buenos niños pequeños llenos de energía, en vez de hacer siesta nos fuimos a jugar en la camioneta que estaba parqueada justo al frente de la casa de mi abuela.

Al cabo de media hora nos aburríamos y yo decidí bajarme a jugar con unas piedras en el pasto mientras mi tío venía a

ayudar a bajar a Alejandro. Yo estaba acurrucada, debajo de la parte de atrás del volco donde usualmente hay un hueco rectangular en las camionetas de estacas. De un momento a otro, sentí como si algo me hubiera picado en la cabeza, como si hubiera un bicho en mi pelo por lo que mi reflejo fue rascarme. Pero cuando mandé mi mano, sentí que estaba cubierta de sangre en solo cuestión de segundos.

Salí corriendo hacia la casa. Me recibió mi tío quien estaba recién operado de los ojos y por efectos de la luz no alcanzaba a ver nada. De inmediato, mi abuela bajó, fue la única valiente tras mis gritos alarmantes. Entre tanto escuchaba cómo mi pobre mamá desde arriba gritaba, lloraba e imploraba a todos que bajaran a ver qué pasaba, puesto que ella era incapaz.

Mi abuela decidió ir a la casa de un vecino que era médico, a quien hizo salir del baño en toalla para que viera lo que estaba pasando conmigo. Tras su evaluación, se dio cuenta que se trataba de una herida en el escalpo, que requería puntos para parar la hemorragia.

Mi tío fue quien me llevó a la clínica, donde me pusieron doce puntos, sensación que recuerdo perfectamente y que describo como una grapadora sobre la piel. Después de la estadía en la clínica y la amabilidad de las enfermeras y la médica que me consintió y me trató con tanta delicadeza, regresé a la casa de mi abuela donde me pusieron más hielo y me cuidaron hasta que un día durante el baño, los puntos decidieron desprenderse, por fin, de mi cuero cabelludo.

Finalmente, recuerdo que la mejor medicina fueron los abrazos y los mimos por parte de mi mamá y sobretodo de mi abuela. Que no se note en este escrito, que soy la nieta favorita y la más consentida.

Mirando con otros ojos

Sofía Londoño González

Algunos recuerdos de mi infancia son un tanto difusos... otros que permanecen latentes, son los que marcaron mi niñez. Momentos buenos y malos que me llevan a ser quien soy, que han dejado una huella indeleble.

Considero que como dicen por ahí, “recordar es vivir”, es tener presente de dónde venimos y qué nos hace ser lo que somos hoy. Pues bien. Parte de lo que soy se lo debo a uno de esos recuerdos que llegan con solo verme a un espejo. Pero quizás, debería iniciar contando qué mi hizo ser quien soy.

Era el año 2003, tenía tres años de edad. Posiblemente lo más emocionante fue mi entrada al colegio. Ya me imaginaba con el uniforme, caminando de la mano de mis padres. Sentía como si fuera a encontrar un nuevo mundo, pero nada fue lo que imaginaba.

Al entrar al salón de clases todo se tornó oscuro. Y no lo digo porque fuese una pesadilla sino porque fue de verdad. Cual si me pusieran una venda en los ojos, no lograba ver mucho